

Mensaje de la Décima Asamblea

Introducción: El mundo tiene necesidad de sanación

Hemos venido a celebrar esta Décima Asamblea en Winnipeg, Canadá, desde muchas partes del mundo que Dios ha creado como bueno. Un mundo que también clama, un mundo herido donde devastación, sufrimiento y violencia proliferan junto con la negación, la desconfianza y la opulencia que encandila. Nuestro mundo se ve despedazado por fuerzas que a menudo no entendemos, pero que se traducen en un marcado contraste entre quienes se benefician y quienes se dañan, en particular, bajo las fuerzas de la globalización. Hoy en día, también existe una acuciante necesidad de sanarse del “terrorismo”, sus causas y las reacciones de miedo que provoca. En este mundo, la codicia, las injusticias y varias formas de violencia siguen quebrantando las relaciones. Unas personas son humilladas y excluidas por otras, así como por instituciones y prácticas. A muchas se les rechaza o se les mantiene a distancia porque son de “otra” religión, raza, casta, identidad étnica o condición social.

Prueba patente de todo ello fue el hecho de que a más de cincuenta participantes – oriundos de países pobres de África y Asia – se les negara el visado de entrada a Canadá, privándoles de asistir a esta Asamblea. Nos duele su ausencia, ejemplo concreto de cómo funcionan los mecanismos de exclusión en nuestro mundo actual, temeroso y globalizado.

Los múltiples males del mundo son evidentes en nosotros y en torno a nosotros; por ser personas luteranas cristianas profesamos que en este mundo no podemos escapar a estas manifestaciones constantes del pecado y del mal. Podemos anhelar soluciones definitivas del pecado y el mal, pero apenas podemos entrever lo que Dios, sanador por excelencia, nos promete. Dios promete “nuevos cielos y nueva tierra” (Is 65:17 y ss.) donde no habrá sufrimiento, enfermedad ni muerte. Al vivir a la luz de esa promesa, nos percatamos de que en medio del quebranto y el sufrimiento, Dios *está* obrando la sanación en nuestras vidas y nuestro mundo por vías misteriosas e inesperadas, utilizando a los seres humanos como instrumentos de sanación. El compromiso permanente de Dios con el mundo – de estar con nosotros – nos alienta a llamarlas por su nombre y a buscar sanación para las heridas, las cicatrices y las enfermedades, y a dar testimonio de la sanación que se está operando. En esta Asamblea, así lo hicimos con un hondo sentido de comunión recíproca y abrigando la

esperanza de que, tal y como son reveladas en las Escrituras, las promesas de Dios *¡se cumplirán!*

Mediante las celebraciones de la Santa Cena y los estudios bíblicos de cada día, pudimos entrever esas promesas y compartir y celebrar nuestra fe en el Dios que sana. Nuestro sentido de pertenencia al cuerpo uno de Cristo, con sus múltiples dimensiones ecuménicas, se ha visto renovado. Fuimos tocados por el poder sanador del Espíritu Santo de Dios y fortalecidos en nuestro empeño en participar en la misión transformadora de Dios para la sanación del mundo.

Entonces, clamamos, “Señor, ¡sana nuestro mundo herido, sana nuestras heridas y aquellos medios por los que infligimos heridas a los demás! Oh Dios, reconfortanos, sálvanos e incítanos a ser partícipes de tu labor sanadora en nuestro mundo actual”.

1. El don sanador de la justificación

Estamos convencidos de que el mensaje del don sanador de la justificación, que Dios nos ha otorgado, abunda en significados para todos nosotros en los albores del tercer milenio. En nuestro mundo quebrantado, la gente se ve aquejada por mucho mal en las dimensiones personal, social y global. Tenemos que encarar nuestros pensamientos, palabras, acciones y omisiones pecaminosas contra Dios, los seres humanos y toda la creación. El pecado es un poder que se manifiesta en actos de los cuales los seres humanos no pueden librarse por sí mismos. En medio de todo ello, anhelamos la liberación y la sanación.

En medio del pecado y el sufrimiento, nuestra esperanza es que Dios nos sane. El mensaje de la justificación es palabra de esperanza que nos ofrece la buena nueva del amor y la aceptación de Dios. Jesucristo vino a este mundo y vivió entre nosotros. Hizo suyos los sufrimientos del mundo entero. Se humilló hasta la muerte, pero en su muerte y resurrección nos fueron dados una nueva esperanza y un nuevo futuro. Jesucristo mismo es don precioso y promesa para toda la humanidad. El Espíritu Santo pone este don en nosotros, llamándonos a la fe y la renovación, y a vivir en la comunidad de los justificados. En esta comunidad somos incluidos y fortalecidos por el poder sanador del Dios Trino que crea en nosotros una nueva vida mediante la proclamación del evangelio y la celebración de los santos sacramentos. Si bien nuestra sanación aquí es incompleta, confiamos en la suficiencia de la gracia de Dios (2 Co 12:9).

Nosotros, luteranos, aseveramos que la doctrina de la justificación es el artículo por el cual la iglesia se mantiene en pie o se derrumba. Celebramos que con la firma, en 1999, de la *Declaración Conjunta sobre la Doctrina de la Justificación*, por la FLM y la Iglesia Católica

Romana, se haya tendido un puente sobre un abismo; las condenas mutuas en lo que se refiere a la justificación ya no se aplican. Pero subsisten retos constantes tales como abordar cuestiones teológicas que siguen planteadas, la acogida y las repercusiones de este acuerdo en los contextos locales, y explorar lo que significa la justificación para el mundo actual.

Compartimos la preocupación de mucha gente que no está familiarizada con el lenguaje que suele utilizarse habitualmente para expresar nuestra fe común. Es preciso que el contenido teológico de la doctrina de la justificación se interprete en los distintos contextos. Nos planteamos el reto de hablar del don de la justificación que Dios nos ha otorgado, utilizando un vocabulario comprensible, pertinente y significativo para nuestros contemporáneos. Alentamos a las iglesias miembro a promover una comprensión más honda y más amplia de la justificación.

Seres humanos amados por Dios, tenemos la imperiosa necesidad de una pertenencia común. Sufrimos cuando tenemos la impresión de ser excluidos de formas que contradicen la comunidad. Por lo tanto, es un enorme reto vivir verdaderamente como una comunidad de justificados que invite e incluya a todos nuestros semejantes.

La justificación es un encuentro personal con Dios, que desafía a nuestras comunidades y a toda la humanidad. Somos llamados al cuerpo sanador de Jesucristo. El significado más hondo de la justificación se experimenta en nuestras relaciones con Dios y de persona a persona en nuestra vida diaria de culto, testimonio, cuidado y compartir mutuos. En el bautismo somos aceptados e incluidos en la comunión de las hijas y los hijos de Dios. Mediante la Palabra de Dios y la Eucaristía se nos perdonan nuestros pecados y somos fortalecidos por la presencia de nuestro Señor. Manifestamos nuestro profundo deseo de compartir la mesa del Señor con nuestras hermanas y nuestros hermanos de otras comunidades cristianas.

Estamos convencidos de que los dones sanadores de Dios han de compartirse con todos los seres humanos. Estamos llamados a participar en los sufrimientos de nuestras hermanas y nuestros hermanos y a asumir nuestra responsabilidad común de obrar por la justicia a todo nivel en nuestro mundo actual. Aunque somos justificados por *sola fide*, la fe nunca debe estar sola; de hecho, nos insta a cumplir buenas obras y a amar a nuestro prójimo. El don de justificación que Dios nos otorgó, nos transforma mediante la fe y aporta esperanza y sanación para el mundo entero.

Por lo tanto, hacemos un llamamiento a las iglesias miembro para que, al igual que nosotros, se comprometan a:

- dar testimonio con nuestros asociados ecuménicos del mensaje de la justificación utilizando medios y un lenguaje comprensibles, significativos y pertinentes para la gente en su propio contexto y, en particular, allí donde los seres humanos son vulnerables y tienen urgente necesidad de sanación debido a la explotación, la opresión y la alienación;
- seguir adelante y explorar, junto con otras iglesias, la relación entre justificación y eclesiología, justificación y sacramentos, justificación y ética, atendiendo, en particular, al vínculo entre justificación y justicia a fin de que el testimonio público de la iglesia en el mundo sea más fidedigno.

II. El don sanador de la comunión

En cuanto pueblo justificado de Dios, somos una comunión en Cristo por el poder del Espíritu Santo. Por consiguiente, estamos llamados a compartir recíprocamente nuestros recursos y perspectivas, así como a plantearnos retos y estimularnos para ampliar horizontes de fidelidad que vayan más allá de lo que vemos o hacemos en cada una de las iglesias miembro. Dado que la comunión conlleva el compromiso de compartir el poder, debemos preguntarnos, tal como lo hicimos en la Asamblea de Curitiba, “¿De qué manera, los distintos grupos de la iglesia ejercen el poder sobre otros para excluirlos de la plena participación en el cuerpo de Cristo?”¹. El abuso del poder institucional es patente tanto en nuestras iglesias como en las sociedades, sistemas legales y económicos, y organizaciones políticas e internacionales.

Muchas iglesias todavía no ordenan a mujeres y/o les impiden participar plenamente en los procesos de toma de decisión. En muchos casos, el patriarcado desempeña un papel dominante, legitimado por la cultura y la religión.

Los jóvenes son un don de Dios para nosotros y aportan muchas experiencias y percepciones sin parangón, que quieren compartir. No obstante, se suele marginar y excluir a la juventud de la vida de nuestras iglesias. En muchos casos, no se les incluye plenamente en sus congregaciones y, lo que es mucho más frecuente, se les impide participar en los procesos decisivos.

Nuestra mutua participación en Cristo nos lleva a impugnar todas esas fuerzas culturales, económicas y políticas que encasillan y tienden a dividirnos. Puede ocurrir que la comunión nos haga sentir incómodos, pues hipótesis y prácticas que damos por sentadas, se ponen en tela de juicio y nos emplazan a considerar cuestiones que no se plantearían en cada una de nuestras iglesias por separado. Esas tensiones, que a veces pueden entrañar peligros, también son signo de vitalidad, ya que pueden ahondar en la realización de lo que implica ser una

comunión. Damos gracias a Dios por la bendición de la diversidad en el seno de nuestra comunión.

Comunión significa más que buenos sentimientos recíprocos, e implica pedirnos cuentas mutuamente por los efectos que nuestras acciones surten, o pueden surtir, en los demás.

Nuestros conceptos de comunión son ricos en diversidad y se fundan en las concepciones de *koinonía* del Nuevo Testamento, que abarcan diversas dimensiones: comunión de creyentes y participación en Cristo, comunión con el Espíritu Santo, comunión compartida en la Eucaristía, comunión en la enseñanza apostólica, compartir los sufrimientos de los demás y compartir económico.

Por lo tanto, hacemos un llamamiento a las iglesias miembro para que, al igual que nosotros, se comprometan a:

- seguir explorando lo que significa vivir en la comunión que Dios nos otorga, aceptar las diferencias entre unos y otros como dones y elementos complementarios y necesarios para edificar el cuerpo, y aprender unos de otros las distintas maneras en que la comunión como Eucaristía crea y nutre la comunión en el resto de nuestra vida compartida
- seguir estudiando las bases y repercusiones teológicas de lo que significa ser una comunión luterana, tratando de hacerla lo más inclusiva posible
- intervenir ante situaciones de injusticia en otras partes de la comunión, desde una perspectiva de *communio* que va más allá de la solidaridad y del acompañamiento
- atender y formular políticas para abordar situaciones de conflicto dentro de las iglesias y entre ellas
- facilitar una comunicación intercultural que nos permita escuchar con sensibilidad y responder con autenticidad y compasión, sabiendo que existen dinámicas de desigualdad de poder; supervisar y mejorar tanto la comunicación interna como la pública según los principios orientadores de la FLM para una comunicación integral “Una comunión comunicativa”²
- fomentar la participación de personas luteranas que aún no forman parte de la comunión

- facilitar, en el seno de la comunión, el diálogo sobre puntos de desacuerdo, tales como los conceptos y las prácticas inherentes al ejercicio del ministerio, diálogo en el que participen hombres y mujeres, ordenados y laicos en un espíritu de respeto mutuo y búsqueda de comprensión mutua
- cuestionar los estereotipos sexuales y plantear cuestiones de género en una etapa temprana de la vida con el propósito de cimentar una comunidad justa de hombres y mujeres
- promover la plena inclusión de las mujeres y la juventud en todas las facetas de nuestra vida y nuestra labor de iglesias, así como en nuestras sociedades
- lograr que el poder institucional de la iglesia sea más transparente y rinda cuentas, cimentando el compromiso de compartir recursos y establecer estilos de liderazgo que sean inclusivos.

III. Sanando las divisiones dentro de la iglesia una

Los diálogos ecuménicos son un medio importante a través del cual se recibe el don de sanación y plenitud del Espíritu. Dichos diálogos nos permiten ver con nuevos ojos las múltiples barreras que se erigen entre nuestras iglesias y tradiciones, pero, a la vez, nos permiten percatarnos de todo lo que compartimos por nuestra fe en Cristo y la comunión en el Espíritu Santo. Los diálogos ecuménicos no son únicamente empeños institucionales, sino verdaderos actos de nuestro compromiso de dar testimonio del Espíritu enviado por el Padre a través del Hijo para la sanación del mundo entero. Concluir acuerdos oficiales sobre cuestiones doctrinales y establecer formas oficiales de intercomunión con otras iglesias, contribuye a sanar las divisiones dentro de la iglesia una y, por ende, a la unidad de la humanidad. La misión de la iglesia se fortalece mediante la unidad y, mediante esa unidad, damos un testimonio más profundo del amor de Dios por la humanidad y la creación.

Al igual que en asambleas anteriores, reafirmamos

- o la convicción de que el compromiso ecuménico forma parte de la identidad confesional luterana
- o la importancia de los diálogos oficiales con otras iglesias

- o la necesidad de explorar posibilidades de otras formas de participación, métodos e instrumentos ecuménicos, y de una mejor coordinación ecuménica de programas y asambleas, y
- o la importancia de alentar, equipar y prestar asistencia a nuestras iglesias miembro en sus diálogos, acuerdos y misión ecuménicos a escala regional.

Apoyamos el proceso iniciado internacionalmente para examinar si las condenaciones del anabaptismo en la Confesión de Augsburgo se aplican aún hoy a la comunidad menonita, y estimulamos el establecimiento de relaciones luterano-menonitas a escala local. También estimulamos las relaciones entre iglesias luteranas y ortodoxas orientales a diferentes niveles.

Dado que servimos al mundo con palabras y obras, el mandato de nuestro Señor y el don de sanación del Espíritu Santo inspiran nuestra búsqueda constante de una unidad visible de la iglesia, que se centre en la proclamación de la Palabra, el sagrado Bautismo, en compartir la Eucaristía y la apostolicidad de toda la iglesia enviada en misión.

Por lo tanto, hacemos un llamamiento a las iglesias miembro para que, al igual que nosotros, se comprometan a:

- proseguir los diálogos bilaterales internacionales con las iglesias anglicana, católica romana, ortodoxa y reformada, buscando nuevas vías de mejorar la acogida de los resultados de esos diálogos en las iglesias miembro mediante métodos accesibles, documentos de estudio y material de catequesis, y a fomentar que se entablen y/o se consoliden diálogos regionales y empeños ecuménicos a escala local, que sean sensibles a las realidades, prioridades, preocupaciones de misión y cuestiones pastorales (por ejemplo, el matrimonio entre contrayentes de distinta religión) de la iglesia local
- acoger con beneplácito los acuerdos concluidos desde la última Asamblea por las iglesias miembro con iglesias de las tradiciones anglicana, metodista, morava y reformada, y a estudiar y poner en práctica de forma apropiada las recomendaciones de los grupos de trabajo con la Comunión Anglicana y la Alianza Reformada Mundial (ARM). También nos comprometemos a explorar la posibilidad de estrechar nuestras relaciones con dichas comuniones a escala mundial en aras de nuestra misión común en el mundo

- dar prioridad a las reuniones regulares con el Consejo Luterano Internacional (CLI) y animar a las iglesias miembro del CLI y de la FLM a entrar en relaciones o estrechar las relaciones existentes a escala local
- apoyar los procesos de estudio relacionados con la coherencia de la participación luterana en el movimiento ecuménico, tales como aquellos sobre el ministerio episcopal en el ámbito de la apostolicidad de la iglesia y sobre el ministerio diaconal, atendiendo, en particular, a los distintos aspectos e interpretaciones que, a veces, son objeto de controversia
- incorporar nuevas voces, disciplinas, metodologías y asociados en los diálogos y encuentros ecuménicos, prestando mayor atención a los derroteros ecuménicos de y con África, América Latina y el Caribe, Asia, y Europa Central del Este
- participar activamente en los debates sobre una nueva configuración del movimiento ecuménico, al tiempo que se alienta a las iglesias luteranas miembro del Consejo Mundial de Iglesias (CMI) a apoyarlo como elemento clave del movimiento ecuménico y a obrar juntos por la realización de un verdadero consejo cristiano universal tomando medidas prácticas en cuanto a la coordinación de las asambleas, y a
- encontrar medios para entablar el diálogo con las iglesias pentecostales y estudiar y relacionarnos con los movimientos carismáticos en nuestras propias iglesias.

IV. La misión de la iglesia en entornos de pluralidad religiosa

La misión de Dios sobrepasa los límites de la iglesia. La iglesia participa en la misión de Dios, mediante su testimonio en obras y palabras del advenimiento del reino de Dios en diversos contextos de pluralismo religioso. Nuestra participación en la misión del Dios Trino abarca tres dimensiones relacionadas entre sí – *diakonía*, proclamación y diálogo – que son elementos esenciales de la misión de la iglesia. Recalamos la gran diversidad de contextos donde se lleva a cabo la misión y las múltiples formas de testimonio cristiano que son apropiadas y viables en distintos contextos, así como la necesidad de que las iglesias aprendan unas de otras.

La misión en cuanto transformación desafía a las iglesias a ser transformadas, a su vez, para convertirse en instrumentos de Dios de transformación en contextos de pluralismo religioso; la fe que profesamos, por su propia índole es una fe de diálogo. Junto con la Asamblea de

Curitiba, “...encomendamos el diálogo como una forma importante de ministerio y testimonio en un mundo de diversidad religiosa...”³, “...si escuchamos la fe y las convicciones de los demás, podemos profundizar nuestros propios compromisos y definir nuestra identidad en relación con los demás, no contra ellos”⁴. Junto con las conferencias mundiales de misión – celebradas en San Antonio (Estados Unidos) y Salvador de Bahía (Brasil) – afirmamos que “no podemos señalar ningún otro medio de salvación que Jesucristo y, a la vez, no podemos poner límites al poder salvador de Dios”. A la luz de lo antedicho, debemos seguir:

- o afirmando la libertad de religión
- o explorando con personas de otras religiones, aquellos medios que nos permitan llevar a cabo nuestros empeños comunes de promover la justicia, la paz y la integridad de la creación
- o estudiando nuestra fe cristiana a fondo, y otras religiones con simpatía, a fin de comprender mejor las relaciones entre ellas y los retos que plantea el diálogo interreligioso a la teología cristiana y, en particular, a la teología luterana
- o acelerando nuestros esfuerzos de equipar a los fieles para el testimonio y el diálogo mediante formación, encuentros, relaciones personales y aportes de personas que hayan atravesado fronteras religiosas o culturales, y
- o manteniendo ante nuestras hermanas y nuestros hermanos cristianos la interrelación de testimonio y diálogo como parte de nuestra misión cristiana y de nuestra concepción de nosotros mismos.

En el mundo actual, donde muy a menudo la religión es utilizada por las fuerzas políticas para dividir a los pueblos y avivar conflictos, es fundamental que obremos por la justicia y la reconciliación con quienes profesan otras religiones. La reconciliación es capital en el evangelio que proclamamos: en Cristo, Dios reconcilió a toda la creación. Al respecto, el diálogo que abunda en esa reconciliación, es uno de los medios importantes de llevar a cabo la misión de Dios. Cristianas y cristianos estamos llamados a vivir en paz con nuestros semejantes y a promover la reconciliación con quienes profesan otras religiones, sin abandonar nuestra vocación de ser testigos de Cristo. La relación entre diálogo interreligioso y proclamación, requiere un estudio y un debate permanentes en nuestras iglesias.

Por lo tanto, hacemos un llamamiento a las iglesias miembro para que, al igual que nosotros, se comprometan a:

- Escuchar
 - o para garantizar que las comunidades cristianas de contextos minoritarios sean escuchadas a fin de que las comunidades cristianas de contextos mayoritarios puedan aprender de ellas*
 - o para crear foros donde las iglesias puedan hablar abiertamente de sus apremios y necesidades e inspirarnos y revigorizarnos para abogar unos por otros*
 - o para entender a personas de otras religiones con la voluntad de aprender y reconocer las señales de la presencia de Dios entre ellas.*

- Arrepentirnos
 - o de que la iglesia no haya sabido ver los buenos dones de Dios en las culturas*
 - o de que la iglesia haya secundado la opresión y la explotación del prójimo y tratar de rectificar esas injusticias*
 - o de cómo las iglesias y personas individuales han explotado la creación.*

- Orar
 - o por la misión de Dios en el mundo, la misión de nuestra propia iglesia y la apertura al evangelio*
 - o para pedir al Espíritu Santo que renueve a personas y congregaciones por el bien de la misión.*

- Aprender
 - o a promover la catequesis y el estudio de la Biblia en nuestras iglesias; tenemos que conocer bien nuestra propia tradición cristiana a fin de entablar el diálogo con los demás de manera responsable*
 - o a leer la Biblia de tal manera que nos permita descubrir cómo Dios se encuentra con la gente en diferentes contextos culturales*
 - o a explorar de forma nueva y creativa qué significa ser iglesia en contextos de pluralismo religioso y cultural en relación con la índole de la iglesia, las estructuras, la teología y la educación teológica, la espiritualidad, el ministerio y el sacerdocio de todos los creyentes*

o a alentar la renovación permanente de nuestras prácticas culturales a fin de que sean apropiadas desde el punto de vista cultural y contextual

o a preparar directrices pastorales para los encuentros de pluralidad religiosa y los matrimonios entre contrayentes de distinta religión.

- Dar testimonio

o para equipar al pueblo de Dios a fin de que dé testimonio del evangelio en palabras y obras en la vida diaria y en la sociedad

o para establecer y divulgar prácticas idóneas que den cohesión al diálogo y al testimonio interreligiosos

o para invitar a otros a la fe en Jesucristo.

- Dialogar

o para propiciar activamente el diálogo de vivir y crecer juntos en el respeto y la comprensión mutuos, luchando con personas de otras religiones por la sanación del mundo (“diapaxis”) mediante la reconciliación, la paz, la justicia, y mejores condiciones de vida para todas las hijas y todos los hijos de Dios.

V. Eliminando barreras que excluyen

En esta Asamblea se nos recuerda que vivimos en un mundo donde predominan el temor y la desconfianza por diferencias de género, raza, etnia, clase, nacionalidad, casta, orientación sexual, edad y condición física o mental. Todos hemos sido creados a imagen de Dios. Aunque la diversidad forma parte de la creación de Dios, las diferencias sirven a menudo de base para erigir barreras que excluyen a personas y comunidades enteras de la plena participación en la vida que Dios concibió para todos.

Recordamos y afirmamos todas las maneras en que la FLM se pronunció una y otra vez en contra de la discriminación y la exclusión en todas sus formas. Desde hace mucho tiempo, los derechos de refugiados, desplazados y migrantes están en el primer plano de la labor de la FLM. Los esfuerzos para acabar con la discriminación por cuestiones de género y propiciar la emancipación de la mujer tanto en la sociedad como en la iglesia, ha sido uno de los aspectos programáticos de la FLM desde principios de los años 70 y, posteriormente, también en lo que respecta a la juventud. En ambos casos, se han contraído numerosos compromisos y se han

tomado resoluciones en el pasado. En estos últimos años, la atención se ha focalizado en la discriminación basada en las “castas” (particularmente de los dalit) y la discriminación de pueblos indígenas en muchos territorios.

Por primera vez en la historia de la FLM, en esta Asamblea hubo reuniones de representantes de pueblos indígenas. En muchos países se discrimina a los pueblos indígenas, en términos del derecho a la tierra, bagaje étnico, idioma y/o cultura. La identidad étnica se considera una ventaja y, a la vez, un peligro. Frecuentemente, los pueblos indígenas sienten que no tienen poder ni voz en lo que se refiere a la autodeterminación y el acceso a la educación, la atención de la salud y las oportunidades de empleo.

Las personas con discapacidades también nos plantearon un reto en esta Asamblea. A todas ellas se les priva de una vida plena por la falta de acceso a las instituciones, así como a la educación, el empleo y la vida social. Aún hoy, en algunos países se considera que discapacidades y enfermedades son resultado del pecado o causa de vergüenza en las familias.

La actual pandemia del VIH/SIDA ha llevado a las iglesias a confesar cuánto hemos pecado contra las personas afectadas por esta enfermedad, estigmatizándolas y discriminándolas, principalmente al especular sobre sus prácticas sexuales. Se nos recuerda el poder sanador de Dios en lo que respecta a la inclusión en la comunidad, así como las diferentes maneras en que siendo personas luteranas cristianas podemos promover sanidad mediante la justicia social y la defensa de causas.

Reconocemos la diversidad que existe en la comunión en cuestiones de sexualidad humana. Al mismo tiempo, creemos que es importante entablar el diálogo para aclarar nuestras concepciones y aprender de las Sagradas Escrituras, de conocimientos contemporáneos y de nuestras diferentes experiencias. Al abordar tal diálogo, debemos empeñarnos en preservar los derechos humanos y la dignidad de toda persona.

Llamarla por su nombre y pronunciarse contra toda discriminación y defender los derechos humanos ha sido y sigue siendo fundamental. Pero aún más esencial es dar otros pasos de capacitación y concertar esfuerzos con otras personas para *eliminar* efectivamente las barreras sistémicas. No basta que unas pocas personas logren superar tales barreras, si los esquemas de discriminación y exclusión siguen vigentes.

Por lo tanto, hacemos un llamamiento a las iglesias miembro para que, al igual que nosotros, se comprometan a:

- seguir reconociendo y apoyando los derechos humanos fundamentales de los pueblos indígenas, de conformidad con las leyes y normas internacionales; el derecho a la tierra es esencial para que los pueblos indígenas y sus culturas puedan sobrevivir

- reconocer y solicitar la presencia de indígenas en nuestras iglesias, tomar medidas para confirmar a los pueblos indígenas como copartícipes en pie de igualdad e impugnar los modelos paternalistas
- continuar manifestando nuestra solidaridad a la gente en la India y, en particular, a las iglesias luteranas que dotan de medios a los dalit en la lucha por la dignidad humana y los derechos humanos
- hacer que nuestras iglesias sean accesibles para que las personas con discapacidades puedan participar plenamente en la vida y la toma de decisiones en nuestras iglesias; apoyar incondicionalmente, con palabras y obras, a las personas con discapacidades en su lucha por superar toda forma de discriminación; esforzarnos por lograr que se cumplan las normas de las Naciones Unidas que garantizan la igualdad de oportunidades a las personas con discapacidades.

VI. El ministerio sanador de la iglesia

Somos seres de carne y hueso. La encarnación de Jesucristo lo deja claro: nuestros cuerpos son importantes. Dios se encarna en un ser humano y nos trata como personas de carne y hueso, pero no según las nociones humanas de lo que debería ser un cuerpo perfecto o “normal”, sino tal cual somos. A veces, nuestros cuerpos están lesionados y requieren sanación.

Siendo una comunión cristiana estamos llamados a participar en la labor sanadora de Dios que promueve la integridad de la vida. La sanación física, mental y espiritual de los seres humanos no es una actividad nueva, ya que desde un principio ha sido un factor importante en la vida y el ministerio de la iglesia, y lo sigue siendo. Jesús sanó y animó a sus discípulos a hacer lo mismo: “...a predicar el reino de Dios, y a sanar a los enfermos” (Lc 9:1-2). El ministerio de sanación, que tiene una dimensión escatológica, pertenece a la iglesia en su conjunto. Es el proseguimiento del ministerio de Jesús de sanar, cimentar y edificar una nueva comunidad, e incluye el ministerio del servicio – *diakonía* – mediante servicios médicos, educativos y sociales a las personas necesitadas. Todos somos llamados a sanar, nutrir y preservar la vida.

Damos testimonio de la rica variedad de aplicaciones y concepciones de sanación de nuestras iglesias, afectadas por situaciones y culturas locales. Nos percatamos de la importancia que tiene compartir experiencias y desarrollar, en cuanto comunión luterana, nuestra concepción del ministerio sanador de la iglesia. Nos hacen falta los dones del Espíritu Santo para el

discernimiento de los espíritus y para proporcionar a nuestras comunidades sólidos criterios en el ejercicio del ministerio sanador.

En nuestro mundo globalizado no podemos limitar la tarea de sanación a determinadas personas o a la esfera íntima. Debemos ampliar nuestra perspectiva para dar cabida a cuestiones de orden social, político y ecológico. En el ministerio sanador de la iglesia no se puede ignorar la dimensión profética. Cuando se opera la sanación, se restablece la justicia.

Es de capital importancia que el ministerio sanador se vincule al ministerio de la proclamación del evangelio y la administración de los sacramentos. La sanación se funda en la Palabra de la cruz que, básicamente, es una palabra de impotencia. Esto último pone de relieve que la fuente de la sanación es Dios; lo que se expresa en la doctrina luterana de la justificación por gracia mediante la sola fe, como se celebra en el Bautismo y la Eucaristía. Ambos son sacramentos de sanación. Desde esta base, la iglesia recibe su ministerio sanador como acción de transformación por el poder que le confiere el Espíritu Santo.

Muchas personas cristianas luteranas han guardado las distancias e incluso han desconfiado de los movimientos de sanación en la iglesia. Sin embargo, todos anhelamos la sanación de nuestro cuerpo, nuestra mente y nuestro espíritu. En lo que se refiere a los movimientos de sanación por la fe, afirmamos que los seres humanos no podemos garantizar, prometer o controlar los resultados. La sanación no es sinónimo de salvación, ni la fe es forzosamente un requisito previo de la sanación.

Esta última no se limita a la curación en sentido científico. La esencia de la sanación radica en aliviar el sufrimiento, dar esperanza y ayudar a la gente a vivir y morir con dignidad. Las condiciones de discapacidad pueden persistir, pero las personas se reintegran a la vida en comunidad, por el bien de la vida en abundancia. La atención pastoral y los actos litúrgicos de unción y sanación también son expresiones de esta realidad.

Estas afirmaciones nos ayudan a comprender que el ministerio de sanación pertenece a la iglesia en su conjunto. Tanto las personas del clero como las laicas están llamadas a sanar como copartícipes en la labor sanadora de Dios en aras de la integridad de la vida.

Por lo tanto, hacemos un llamamiento a las iglesias miembro para que, al igual que nosotros, se comprometan a:

- seguir desarrollando nuestra concepción del ministerio sanador de la iglesia, en lo que se refiere a:

o la riqueza de las expresiones culturales, atendiendo, en particular, a las culturas marginadas y las culturas indígenas

o nuestros contextos sociopolíticos y ambientales que se ven aquejados por problemas tales como la pobreza, el VIH/SIDA, la violencia y estilos de vida destructivos

o la vida cotidiana, valorizando el trabajo de cada día como vocación y oportunidad para coparticipar en el ministerio sanador de Dios en el ruedo público

o los movimientos carismáticos

o la vida espiritual de la iglesia y, en particular, a la manera en que ésta se puede expresar en liturgias para la sanación, aprovechando la abundancia de culturas que existe en la comunión luterana.

- ampliar el concepto de *diaconía*, como dimensión fundamental de la índole y la vida de la iglesia y, en particular, el ministerio de diaconía como ministerio holístico de la iglesia.

VII. Justicia y sanación en las familias

Dios nos creó y nos redimió en Cristo para que gocemos de una vida plena en comunidad, que se caracterice por el amor y el compartir. La familia es la expresión primordial de esta comunidad ordenada por Dios y el ámbito donde el ser humano se nutre, crece y se sustenta para participar en la sociedad. En nuestra comunión mundial hay diversas concepciones que difieren considerablemente en lo que se refiere a la composición de la familia, sus prácticas culturales y sus tabúes. Se nos desafía a bregar por la justicia y la sanación en numerosos modelos diferentes de familia.

En un mundo que cambia constantemente, la integridad de la familia como núcleo de amor, nutrición y seguridad, se ve incesantemente confrontada a la violencia, la enfermedad, el impacto de la pobreza, el alcoholismo y la drogadicción y las normas que cambian para nuestra vida en comunidad, lo que en muchos casos termina por quebrantarla. En todas partes del mundo, las familias atraviesan enormes cambios y tensiones, principalmente en tiempos de guerra, cataclismos económicos y pandemias de grandes proporciones como la del VIH/SIDA.

Porque hay necesidad de “romper el silencio” en lo que se refiere a la violencia doméstica, afirmamos como referencia de la FLM la publicación “*Las iglesias dicen ‘No’ a la violencia contra la mujer*”, que ha sido utilizada por muchas de nuestras iglesias y por nuestros asociados ecuménicos, y exhortamos a las iglesias de toda nuestra comunión a darle un seguimiento efectivo. También se debe prestar atención a la violencia contra los hombres,

contra los niños y niñas, contra las personas mayores y contra las personas con discapacidades.

Destacar continuamente el lugar misericordioso de Dios en nuestra vida en comunidad mediante los empeños a favor de la justicia, la paz y la sanación en las familias, es una parte esencial de nuestro ministerio pastoral y profético de solidaridad con quienes sufren.

Por lo tanto, hacemos un llamamiento a las iglesias miembro para que, al igual que nosotros, se comprometan a:

- animarnos y apoyarnos mutuamente en:
 - a) un estudio y diálogo respetuoso sobre los problemas de matrimonio, familia y sexualidad humana, abordando de forma adecuada las necesidades de cada iglesia miembro y*
 - b) la defensa de los derechos humanos y de la dignidad de todo ser humano sin distinción de sexo u orientación sexual*
- concienciar acerca de la prevención de la pandemia del VIH/SIDA, mediante educación e información, incluso pronunciarse enérgicamente contra prácticas sexuales dañinas, de abuso y explotación, y a favor del tratamiento de enfermedades de transmisión sexual, promover la fidelidad en el matrimonio y el uso de medios eficientes de prevención (por ejemplo, la abstinencia, el uso de preservativos, jeringas esterilizadas, transfusiones seguras de sangre)
- animarnos y apoyarnos mutuamente en los esfuerzos para superar la violencia en las familias, especialmente la violencia contra las mujeres, las niñas y los niños, incluidas las prácticas culturales perniciosas como la mutilación genital de la mujer y el matrimonio forzado; y a crear procesos de sanación y reconciliación dentro de las familias
- animarnos y apoyarnos mutuamente en la lucha contra el alcoholismo y la drogadicción
- estar atentos a la manera en que las familias viven la pobreza espiritual y promover la creación de liturgias y recursos culturales que reflejen sus necesidades y realidades.

VIII. Superando la violencia

En nuestro mundo contemporáneo la violencia se manifiesta de muchas formas, algunas abiertas y personales, pero también muchas encubiertas de formas estructurales e institucionales deshumanizantes. La injusticia puede imponerse en situaciones donde un grupo detenta el poder y las demás personas se encuentran en estado de dependencia; también puede reforzarse y perpetuarse por la violencia. La iglesia debe ser consciente de la posibilidad de que ella misma abuse de su poder, en particular por medio de tradiciones y prácticas que excluyen y oprimen.

Deploramos, al igual que la Asamblea de Curitiba, las enormes sumas que se destinan a los gastos militares, a menudo a costa de las necesidades básicas de la población, lo que conduce a una renovada opresión, denegación de los derechos humanos e intensificación de la violencia. Después de la Asamblea de Hong Kong, reafirmamos el papel de la FLM en lo que respecta a "...favorecer el diálogo, la paz y la reconciliación en todas las etapas de la evolución de un conflicto", y "... apoyar y acompañar las iniciativas locales en favor de la paz duradera, la justicia, la reconciliación auténtica y la reconstrucción de la sociedad civil, así como la confianza entre los pueblos y los países"⁵. Afirmamos que se deben seguir explorando los dilemas éticos que ello plantea, como los que se discutieron en el documento de la FLM *Armed Intervention to Defend Human Rights*⁶ (Intervención armada para defender los derechos humanos).

Dejamos constancia de la alarmante manifestación del fundamentalismo, tanto religioso como de otra índole, que contribuye a crear un clima de desconfianza, odio y conflicto, e impugnamos todas las formas en que se utiliza abusivamente la religión para legitimar o racionalizar el uso de la violencia, tanto en las familias, las comunidades y los países como a escala internacional. Concordamos en lo que se declaró en la Asamblea de Hong Kong en cuanto a que "el 'fundamentalismo', ya sea político o religioso, contradice los valores intrínsecos de la dignidad y la libertad humanas..."⁷.

Nuestra fe reside en un Dios que destruye los círculos de violencia mediante la justicia, el perdón y la reconciliación, y no mediante la venganza. La resistencia no violenta frente a condiciones que engendran violencia y que, por ende, son violentas de por sí, es una forma de discipulado.

Por lo tanto, hacemos un llamamiento a las iglesias miembro para que, al igual que nosotros, se comprometan a:

- participar plenamente en el programa ecuménico del CMI del “Decenio para superar la violencia (2001-2010 – las iglesias en busca de reconciliación y de paz”
- servir de instrumentos para superar la violencia y promover la reconciliación. Nuestras teologías deberán contribuir a derrumbar las barreras que nos impiden expresar nuestro arrepentimiento y recibir la absolución, y a defender la causa de las víctimas de la opresión, y a abogar por la liberación de opresores y oprimidos. El evangelio de la liberación se debe aplicar en situaciones concretas de opresión y marginación, tanto en la iglesia como en la sociedad
- animarnos y apoyarnos mutuamente en la lucha contra la violencia sexual contra niñas, niños y jóvenes, incluso dentro de nuestras mismas iglesias
- afirmar y utilizar el poder de la no violencia, brindando educación y capacitación sobre la acción no violenta para transformar situaciones de violencia e injusticia
- mantener el diálogo, los encuentros y la cooperación práctica como medios para reducir los prejuicios y las imágenes de enemigos, y de superar la violencia, la estigmatización y la victimización
- encarar activamente expresiones de fundamentalismo religioso y político, incluso el fundamentalismo cristiano; buscar valores comunes de justicia, paz y reconciliación en todas las tradiciones religiosas; y emprender en común acciones interreligiosas
- reconocer y fomentar el papel esencial y las iniciativas de las mujeres en negociaciones y procesos para edificar la paz, y animar a los hombres a oponerse más activamente a la violencia
- confrontar el creciente militarismo, la producción y la proliferación de armas, el enorme gasto militar a costa de los presupuestos sociales (incluyendo los de salud y educación), y toda clase de imperialismo, ya sea militar, político u otro
- apoyar los esfuerzos por fortalecer las Naciones Unidas, las instituciones internacionales y el derecho internacional como instrumentos de paz, particularmente en la situación actual en que imperan el aislacionismo, el unilateralismo y la xenofobia
- combatir la violencia en los medios de comunicación y en espectáculos populares, en particular la que afecta a la infancia y la juventud; instar a los periodistas a asegurar

una comunicación auténtica y objetiva y no sensacionalista de los acontecimientos mundiales

- confrontar a aquéllos que sacan provecho de la trata de mujeres, niñas y niños.

IX. Transformando la globalización económica

La globalización económica está remodelando el mundo en que vivimos. Hemos escuchado informes sobre el impacto que tiene en nuestras comunidades en todo el mundo, y hemos abordado las principales políticas económicas que permiten que la ley del mercado dicte todas las decisiones, sin consideración alguna de las consecuencias humanas, sociales, ecológicas y espirituales.

La globalización económica infundió una honda desesperación en muchísimas personas. En lugar de la tan mentada prosperidad, numerosos aspectos de la globalización económica siguen provocando sufrimientos, miseria y la muerte para millones de personas. A pesar del aumento de la producción alimentaria, la distribución desigual de riquezas y bienes hace que más que 1.000 millones de personas se encuentren una situación endémica de hambre. Muchos países del Sur tienen que cargar con el enorme peso de la deuda. Las causas históricas de la deuda se relacionan profundamente con el colonialismo y la manera injusta en que se desarrolló el sistema moderno del comercio y de las finanzas. La dura carga de la globalización tiene un impacto más fuerte en las mujeres que, además de tener que aguantar sus efectos directos, asumen el cuidado de otras personas que han sido abandonadas como consecuencia de la globalización.

Según nuestras diversas experiencias, constatamos que nos encontramos frente a las mismas consecuencias negativas de las políticas económicas neoliberales (como, por ejemplo, el Consenso de Washington) que agudizan las dificultades, los sufrimientos y las injusticias en nuestras comunidades. Por ser comunión, debemos abordar la falsa ideología de la globalización económica neoliberal y confrontar, convertir y cambiar su realidad y sus efectos. Esta falsa ideología se basa en el supuesto de que el mercado – sustentado en la propiedad privada, la competencia acérrima y la centralidad de los contratos – es ley absoluta que rige la vida humana, la sociedad y el entorno natural. Esto es una idolatría que conlleva la exclusión sistemática de todas las personas que no tienen bienes propios, la destrucción de la diversidad cultural, el desmantelamiento de democracias frágiles y la destrucción de la Tierra.

Podemos encontrar los efectos negativos de la globalización en todas partes de nuestra comunión, pero particularmente en el Sur y en Europa central y del este. La globalización económica tuvo los siguientes resultados:

- o una desigualdad cada vez mayor entre ricos y pobres, que perjudica en particular a las mujeres, a la juventud y a la niñez
- o una marginación creciente de los pueblos indígenas, a quienes se les niega el derecho a su tierra, la autonomía, el uso de sus recursos, su saber indígena y su cultura
- o la deuda internacional se convirtió en un instrumento de dominación; los intereses que se cobran llegan a ser usurarios; muchas de las deudas son ilegítimas (incluso las “deudas odiosas”) y, por el momento, los esfuerzos realizados por los gobiernos y las instituciones financieras internacionales han sido infructuosos
- o la globalización de la información que interconecta la gente en muchas partes del mundo, se deniega a la gran mayoría que no tiene acceso a ella
- o los recursos de las iglesias menguan día a día, porque el apoyo que reciben disminuye debido al creciente número de personas que tienen que luchar por sobrevivir
- o el desempleo y subempleo reducen la capacidad de ganarse la vida y obligan a muchas personas a dedicarse a actividades deshumanizadoras (por ejemplo, la trata de mujeres, niñas y niños, la prostitución, la criminalidad)
- o mientras que el capital y los bienes transitan libremente a través de las fronteras, la gente que se queda atrás desespera por el debilitamiento de la economía local y frecuentemente no se les deja migrar
- o la impotencia cada vez mayor de los gobiernos y su voluntad cada vez menor de preservar el bienestar de su pueblo.

Como comunión luterana exhortamos a que se establezca una economía que esté al servicio de la vida. Confirmamos el documento de la FLM “Llamado a participar en la transformación de la globalización económica”, a partir del cual nos comprometemos a trabajar sobre una base teológica acerca de lo que significa ser comunión. También hacemos hincapié, como Martín Lutero, en que las prácticas económicas que minan el bienestar de otras personas (sobre todo de las más vulnerables) se debían rechazar y ser reemplazadas por otras alternativas. Lutero también recordó a los pastores que tenían el deber de desenmascarar todas

las injusticias inherentes a las prácticas económicas y a la explotación de personas vulnerables.

Reconocemos que esta visión de una economía que esté al servicio de la vida se debe tratar a escala ecuménica. Nos unimos al Consejo Mundial de Iglesias, la Alianza Reformada Mundial y otras familias eclesiales en un proceso ecuménico continuo que se centre en los desafíos que nos plantea la injusticia económica y ecológica en cuanto iglesias.

Por lo tanto, hacemos un llamamiento a las iglesias miembro para que, al igual que nosotros, se comprometan a:

- participar en la transformación de la globalización económica y asociarse a la sociedad civil, principalmente en los esfuerzos que reconocen el papel profético de las iglesias en la promoción de la justicia y de los derechos humanos
- contribuir a concienciar a los feligreses sobre los problemas de la globalización económica y equiparlos para que tomen acciones concretas
- tratar cuestiones relativas a la globalización económica que incluyen el comercio, la deuda, la militarización, la corrupción, la responsabilidad social de las empresas, la igualdad de género y la migración
- establecer y fortalecer asociaciones ecuménicas, la cooperación interreligiosa y participar en alianzas con la sociedad civil (como, por ejemplo, el Foro Social Mundial)
- ofrecer oportunidades y tribunas para el diálogo, la discusión y la deliberación moral entre diferentes actores económicos, legisladores, ciudadanos, partes interesadas y comunidades.

X. Sanando la creación

La creación herida también tiene una necesidad acuciante de sanación. La tierra se contamina continuamente – tanto por la codicia y la ignorancia humanas, la superpoblación y las guerras, como por los efectos del consumismo – lo cual tiene consecuencias fatales como la sequía, la desertificación, la extinción de especies y la hambruna. Confesamos que también desempeñamos un papel en la explotación y la destrucción de la naturaleza. Con demasiada frecuencia tratamos la creación como un objeto para nuestro uso y le infligimos heridas en vez

de considerarnos parte del precioso don divino de la creación. Engañosas actitudes teológicas contribuyeron a esta realidad: que lo que importa es tan sólo el cielo y no la tierra; que los seres humanos están para explotar y someter a toda la creación, incluso las relaciones humanas y ecológicas; y que el alcance de la redención divina se limita a los seres humanos.

Como comunión luterana afirmamos, por el contrario, que:

- o Dios está presente no sólo en los seres humanos y con ellos, sino también en toda la creación y con ella; Jesucristo sufre con la creación cuando se la explota, se la hiere y se la viola; el Espíritu Santo clama con la creación herida
- o a través de Cristo, Dios reconcilia, transforma y sana *toda* la creación
- o los seres humanos deben ser las manos de Dios en esta tierra, creadoras, restauradoras y sustentadoras
- o como personas reconciliadas por Cristo con nuestro Creador, tenemos oportunidad de arrepentirnos; y, justificados por la fe, podemos actuar en conformidad. Al hacerlo, reconocemos nuestro lugar en la creación y aceptamos nuestra responsabilidad para con la creación.

La Asamblea que la FLM celebró en 1990 en Curitiba, se comprometió a formar “una línea vital y global de iglesias que se apoyen mutuamente para enfrentar las amenazas a la creación de Dios”⁸. Aquí subrayamos la importancia de

- o desafiar a nivel personal, colectivo e internacional toda práctica particular que quebrante o hiera la creación
- o trabajar a favor de políticas y prácticas que respeten la vida, y oponernos a que se patenten formas de vida o procesos que las produzcan, en particular, a costa de todas las personas que dependen de ellas
- o promover una agricultura sostenible que esté basada en un enfoque ecológico holístico, sea ecológicamente sana, económicamente viable, socialmente justa, culturalmente apropiada y humana, y que tenga en cuenta los conocimientos y experiencias de las culturas minoritarias y los pueblos indígenas
- o oponernos a todo modelo de desarrollo económico e industrial que se rija únicamente por el consumismo y el lucro, ignorando la equidad y la justicia para toda la creación

- o reflexionar sobre las cuestiones de ética y justicia en relación con la biotecnología moderna y cuyas consecuencias sociales y médicas aún no se pueden prever
- o descubrir y promover medios alternativos que garanticen un comercio equitativo y salarios justos.

Por lo tanto, hacemos un llamamiento a las iglesias miembro para que, al igual que nosotros, se comprometan a:

- confrontar prácticas en que los dones de Dios para toda la humanidad se convierten de manera injusta e innecesaria en artículos de consumo, afectando especialmente a la gente pobre. Esto último incluye la privatización del agua y de todos los demás recursos naturales que son fundamentales para la vida humana, y el establecimiento de patentes para semillas de cultivo y otros organismos vivientes
- devenir más “eco-céntricos” para vivir en mayor armonía con la naturaleza. Podemos aprender mucho de los pueblos indígenas y de otras tradiciones y de lo que nos pueden enseñar sobre la participación en la naturaleza y de su preservación
- esforzarnos por compartir más justamente los bienes de la creación, teniendo en cuenta que la manera en que se relacionan con la naturaleza es para muchas personas una cuestión de supervivencia diaria, y que muchos de entre nosotros consumimos muchísimo más que otras personas. Debemos obrar juntos contra los cambios climáticos y el efecto de invernadero, al tomar acción para reducir el consumo de combustible fósil y usar recursos de energía renovable
- evaluar los avances de la biotécnica y abogar contra quienes violen la dignidad e integridad de los seres humanos, creados a la imagen de Dios
- apoyar acuerdos internacionales (como, por ejemplo, el Protocolo de Kyoto) en favor de la preservación del medio ambiente y de la integridad de la creación
- incluir el estudio de la teología de la creación en los planes de estudio de los institutos de enseñanza superior de las iglesias miembro de la FLM, e instruir a nuestras comunidades sobre la teología de la creación
- respetar el domingo como día de descanso para que toda la creación pueda restaurarse y renovarse.

Conclusión

A la luz de los numerosos desafíos que tenemos que encarar en nuestro mundo contemporáneo, hemos reafirmado algunos compromisos que la FLM contrajo en el pasado y también hemos contraído nuevos compromisos. Prometemos dedicarnos a estos compromisos sin escatimar esfuerzos para mantenernos fieles a los mismos. No obstante, conocemos los límites de nuestras capacidades y reconocemos los efectos trágicos de nuestro pecado que también impregnan a nuestras iglesias y a nuestra comunión.

Pero nuestro mundo, tan malherido, necesita más que nunca un testimonio de esperanza, una esperanza que surge de la sola promesa de Dios. En Cristo hemos aprendido a reconocer que Dios nos sana y que Dios sana al mundo. Jesucristo vino a este mundo y vivió entre nosotros. Hizo suyos los sufrimientos del mundo entero. En su muerte y resurrección nos fueron dados una nueva esperanza y un nuevo futuro. Jesucristo mismo es don precioso y promesa para toda la humanidad y toda la creación.

Por todo ello, confesamos a ese Dios que es el Dios de la vida, y consideramos que la sanación fomenta la integridad de la vida. En medio de todos esos sufrimientos y de tanta injusticia, Dios trabaja sin cesar para sanar al mundo. En Cristo, Dios nos devuelve nuestra integridad, nos recibe de nuevo como sus hijas e hijos, restablece todas las relaciones quebrantadas y nos llama a seguir el sendero de los discípulos.

Entonces, se nos llama como pecadores justificados a participar en la obra de Dios, la sanación del mundo. Todavía no se ha cumplido el reino de Dios. Nuestro discipulado nos llama a seguir a Jesucristo por el camino de la cruz. La Palabra de Dios y los sacramentos nos guían por el camino que lleva de la cruz a la resurrección. El Espíritu Santo guía a la iglesia en esta jornada de fe y esperanza, y nos recuerda que debemos llevar mutuamente nuestra carga, en oración y solidaridad. Y así “corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante, puestos los ojos en Jesús, el autor y consumador de la fe” (He 12:1b-2a). ¡Oh Señor, guíanos para que podamos actuar así, “para la sanación del mundo”!

Notas

¹ *LWF Report N° 29/29* “I Have Heard the Cry of My People”. Curitiba 1990. Proceedings of the Eighth Assembly. Geneva: LWF 1990, p. 82.

² Orden del día del Consejo de la FLM, Wittenberg, Alemania, 2002. Documento 16.1.

³ *LWF Report N° 28/29 “I Have Heard the Cry of My People”*. Curitiba 1990. Proceedings of the Eighth Assembly. Geneva: LWF 1990, p. 84.

⁴ *Ibídem*.

⁵ *Informe oficial de la Novena Asamblea de la Federación Luterana Mundial*. Hong Kong 1997. Ginebra: FLM, páginas 59-60.

⁶ Orden del día del Consejo de la FLM, Turku, Finlandia, 2000. Documento 17.3.

⁷ *Informe oficial de la Novena Asamblea de la Federación Luterana Mundial*. Hong Kong 1997. Ginebra: FLM, página 72.

⁸ *LWF Report N° 28/29 “I Have Heard the Cry of my People”*. Curitiba 1990. Proceedings of the Eighth Assembly. Geneva: LWF 1990, p. 89.